

EL ESPEJISMO DE LA IGUALDAD SE ROMPIÓ

2018 ha sido un año lleno de dolor y alegría, como también lo fueron los años anteriores. Parece que ese binomio es el que nos caracteriza, emocionalmente, a los seres humanos pero especialmente a los movimientos transgresores, como sin duda lo es el Movimiento Feminista.

Dolor insoportable por todas las mujeres que viven sometidas a situaciones de explotación y esclavitud, por aquellas que son agredidas, violadas y asesinadas. Alegría por la enorme capacidad de respuesta, movilización y rebeldía porque “si nosotras paramos, el mundo se para”. El movimiento feminista ha demostrado, más que nunca, que las calles también son nuestras.

La derecha, la misma que mientras ha gobernado el país, ha llevado a cabo los recortes en las políticas de igualdad más salvajes - más del 20% de un presupuesto ya paupérrimo - intenta utilizar nuestro dolor para promover lo único que saben, sanciones punitivas. Su argumentación de verdugos nos produce grima porque no tenemos ante nosotras un problema meramente punitivo, sino un problema de desigualdad. Son de los buenos hombres y mujeres que practican la discriminación desde los despachos donde la realidad no mancha ni duele. El sufrimiento queda lejos, en las cunetas, en los baños de discotecas, encerrado entre cuatro paredes o abiertamente en las fronteras.

A pesar de los logros en materia legislativa, en los países de la igualdad de procedimiento y los cambios en las subjetividades, sobre todo en las de las mujeres, seguimos viviendo en un sistema con mirada androcéntrica, ideología sexista y prácticas machistas.

En este contexto, el feminismo se ha situado como una corriente política imprescindible para entender nuestras sociedades, así como para formular una agenda pensada no solo en el sentido clásico de las reivindicaciones de justicia social sino reivindicando que la justicia, si quiere ser tal, debe ser capaz de incorporar las relaciones interpersonales en su contenido. No se trata solamente de desobedecer la norma de género; se trata de transgredir nuestro modelo relacional de dominación/sumisión. El “stealththing”, la nueva moda de quitarse el preservativo durante la relación coital sin que la mujer se dé cuenta, es un ejemplo de este modelo de misoginia.

A lo largo de la historia nos ha costado mucho entender los ejercicios de violencia. En el caso de la violencia machista, es más grave, si acaso, porque muchas veces el agresor es alguien del entorno íntimo de la víctima, alguien con quién tenía una relación de confianza. Por eso resulta tan difícil actuar contra esta violencia que no responde a los “ajenos”. Nuestro sistema está pensado para actuar frente a la violencia de los extraños pero no frente a la violencia de lo íntimo, que es una violencia que fundamentalmente afecta a las mujeres, de cualquier parte del mundo. Es hora ya de crear una alerta feminista, no de seguir transmitiendo el terror sexual de “cuidado con lo que haces, no vuelvas sola a casa”. Una alerta feminista que facilite entender el contexto de desigualdad estructural, donde podamos reconocer cómo el sistema patriarcal nos ha atravesado para hacernos sentir culpables y avergonzadas de la violencia sufrida, para que podamos definir la propia violencia, pero a la vez para que reconozcamos nuestra capacidad de actuar, no solo frente a la violencia directa sino frente al conjunto del sistema patriarcal.

El movimiento *me too*, inicialmente fruto del trabajo con mujeres negras abusadas, de la activista T. Burke, ha supuesto desde finales del 17 que las mujeres dejemos, en parte, de sentir vergüenza por la violencia sufrida y podamos ser agentes no solo de la denuncia sino de la sensibilización social al respecto. Violencia expresada en todos los espacios públicos y profesionales. Violencia que no solo es expresión del abuso del poder sino del “peaje” de las mujeres por osar estar en el espacio público, espacio que se les presupone ajeno. Poder definir la violencia es un acto de soberanía. Romper con la vergüenza de ser víctima es un acto de empoderamiento. La violencia es siempre una imposición, sea ésta ejercida a través de la intimidación, del golpe o del *stealth*.

Recuperar el cuerpo como territorio es un acto de soberanía, como lo es también saber que la libertad sexual es eso, libertad para negociar lo que se quiere y lo que no pero, sobre todo, libertad para desear. Queremos construir un nuevo deseo, una manera diferente de vivir el cuerpo. Que nadie nos robe, ni secuestre, ni quiera controlar nuestro placer.

Desde lo local, la huelga más larga en Bizkaia la han llevado a cabo las trabajadoras de las residencias de personas mayores. En los últimos meses las “kellys” de una gran cadena hotelera en Bilbao han conseguido una mejora sustancial de sus condiciones laborales. Las trabajadoras de hogar luchando por un convenio digno. Mujeres que cuidan de que todo esté bien cuidado.

La huelga del 8M, un éxito sin precedentes en Euskadi y en el Estado, con la exigencia del reconocimiento del trabajo de las mujeres como imprescindible para el sostenimiento de la vida y de la sociedad.

El año 2018 ha sido el año de la visibilidad de que la justicia sigue siendo, de manera significativa, patriarcal. Salimos a las calles con uno de los eslóganes más minimalistas pero más certeros: “Yo si te creo”. Porque ese es uno de los elementos que sigue validando al sistema patriarcal, que las mujeres no tengamos la capacidad para definir y validar nuestras experiencias de vida y la violencia sufrida. Si antes veníamos del “cuando una mujer dice no en realidad quiere decir sí” ahora estamos en un “¿está usted segura?, ¿no quiere pensarlo mejor?”. Los casos singulares como paradigmáticos de la situación de la violación de derechos del conjunto de las mujeres, como son Ángeles González Carreño, Juana Rivas, la víctima de la manada, las temporeras de Huelva, son solo una expresión de la realidad que tienen que enfrentar las víctimas de la violencia machista en este país. Seguimos sin tener datos sobre lo que ocurre en los juzgados, sobre el cumplimiento del Convenio de Estambul 2011. Seguimos con una ley que no reconocerá el caso de Laura Luelmo o el de la víctima de la manada, entre otros muchos, como casos de violencia machista. ¿Por qué? Porque a pesar de la obligación de legislar contra la violencia machista, la ley **integral** solo tuvo en cuenta una parte de la violencia machista, aquella que se ejerce por parte de la pareja o expareja.

Trasladando la mirada a lo macro los movimientos migratorios, que cada vez afectan de manera más masiva a las mujeres, mujeres. Mujeres que sostendrán las vidas de otras. La cadena transnacional de cuidados es un ejemplo de la capacidad de adaptación y de alianza perversa entre patriarcado-neoliberalismo y racismo. Mujeres de allá que en el camino a la tierra prometida, en un alto porcentaje, serán violadas. Es el precio a pagar por ser mujer y migrante “ilegal”. En el feminismo se están desarrollando debates

tremendamente polarizados, que no es casualidad que tengan que ver con el cuerpo de las mujeres, su explotación, usurpación y/o utilización.

A la par nos enfrentamos a múltiples retos, uno de ellos es al interno, que el reconocimiento a la diversidad que nos configura en las diferentes posiciones de sujeto no nos atasque en la esencia de la diferencia y nos sirva para construir un reconocimiento que implique capacidad para transformar el mundo. De hecho, una de las críticas feministas ha sido el que se nos haya considerado a las mujeres como idénticas, invisibilizando la diversidad de las mujeres, esencializando la categoría mujer y biologizando el binarismo de género.

Está bien saber desde qué planteamientos políticos nos situamos pero no para desacreditar a las otras por esos mismos planteamientos. Es decir, que la diversidad nos tendría que enriquecer pero a veces más parece que generase categorías entre las propias feministas que el que nos ayudase a entender nuestra propia diversidad como elemento de atención, reflexión y vindicación desde todas las opresiones que nos puedan atravesar. Como señala C. Amorós: “La capacidad de cada sujeto individual de constituirse en núcleo de síntesis de sus diversas "posiciones de sujeto", orientándolas al cambio del sistema.

Es el tiempo de la alianza frente al sistema de la triple opresión: patriarcal-neoliberal-racista. Reconociendo que el feminismo es diverso pero que siempre, como discurso político, se ha caracterizado por su carácter transgresor y esa transgresión es para subvertir el orden patriarcal.

A nivel global, las mujeres se están situando como lideresas de los movimientos contra la nueva oleada ultraderechista, en contra de Trump, en contra de Putin. Las feministas nicaragüenses han conseguido cambiar el slogan revolucionario, por antonomasia, de “patria libre o morir” por “patria libre y vivir”. Ese es un acto de liderazgo y de ideario político, porque las feministas no queremos morir ni por la patria, ni por el rey, el de la monarquía o el de la casa. Queremos vivir una vida que merezca la alegría de ser vivida, donde cada ser humano tenga los recursos y posibilidades para tomar “libremente” las decisiones sobre su propio proyecto vital.

Los anti-derechos no es que sean más, simple y llanamente está en las estructuras de poder, defienden privilegios y poseen alianzas entre ellos que les hacen más fuertes.

La ultraderecha declarada ya cabalga por los parlamentos, no son un fallo del sistema es un producto de alta gama de él.

Dónde centramos la mirada, si es posible definir un común de opresión y por tanto, articular estrategias desde los lugares comunes que nos atraviesan a las mujeres del mundo porque el patriarcado se expresará de manera diferente pero no es diverso en su lógica de dominación patriarcal. Estamos en un momento de crisis, pero no económica, sino humanitaria y medio ambiental. Y en esta crisis de reorganización vivimos una etapa de recrudescimiento de la violencia patriarcal, porque las mujeres hemos llegado demasiado lejos.

Impugnar el sistema patriarcal no puede ser ya algo que competa solo a las mujeres, les toca a los hombres posicionarse, sin titubeos, porque la vindicación feminista es una propuesta para el bien común del conjunto de la humanidad.

Pasar de la conciencia social a la acción social es un transitar necesario para que los daños puedan tener reparación y compromiso de no repetición. No queremos posiciones paternalista, ni de pena, ni de “caballeros”, sino posiciones de responsabilidad. La violencia machista es algo que compete al conjunto de la sociedad pero que interpela especialmente a los hombres y a su construcción identitaria de masculinidad vinculada al uso de la violencia.

A su vez, le toca al feminismo apropiarse de un espacio de autoridad y reconocimiento, que hoy en día parece más plausible, que facilite liderar procesos de transformación contra el sistema andro-etnocéntrico y neoliberal. Las mujeres jóvenes han roto el espejismo de la igualdad en el que hemos estado las sociedades de la igualdad formal, mujeres jóvenes formadas en feminismo como ninguna otra generación y que son ya lideresas de este feminismo intergeneracional.

Hemos hecho añicos el espejismo de la igualdad, ya no queremos posturo, ni multinacionales que etiqueten camisetas, manchadas con la sangre de las maquiladoras, para mercantilizar el feminismo. Se han intentado apropiarse del “nosotras parimos, nosotras decidimos” para justificar la usurpación del cuerpo de las mujeres empobrecidas, a través de los “vientres de alquiler”. En estas sociedades líquidas, donde se habla de post, trans, performatividad, pero con un aumento de la feminización de la pobreza, con países donde las mujeres son condenadas a 30 años de cárcel por abortar y en otros se practican abortos selectivos para que no nazcamos, cuando cada 8 horas una mujer es violada en el Estado español y cada diez minutos una mujer es asesinada en el mundo por su pareja o expareja, creo que definir y fortalecer el sujeto político del feminismo es un quehacer urgente. En cualquier caso, sin sujeto político de vindicación no hay opresor, es decir, no hay patriarcado.

El próximo 8M nos iremos de nuevo a la huelga feminista porque nos sobran los motivos y estamos organizando la rabia y el dolor para convertirlos en compromiso político y vital de “ni una menos”. Reivindico la osadía de vivir con miedo porque nuestros sistemas de opresiones se han fundamentado en la negación de las necesidades para el sostenimiento de la vida y en la negación de la vulnerabilidad. Las mujeres no somos más vulnerables que los hombres, como las personas LGTBI no lo son más que las heterosexuales, ni las sirias lo son más que las vascas. Solo los contextos de injusticia y desigualdad hacen que personas por su sexo, orientación sexual, lugar de nacimiento, etnia, etc., sean más vulnerables que otras. Si usted no pertenece a ninguna categoría sometida a discriminación le ha tocado la lotería, porque usted no ha hecho nada para tener mejores condiciones de vida, es decir, para tener privilegios. De lo que sí somos responsables es de la utilización y perpetuación de esos privilegios, recordando que pertenecer a una categoría de opresión no implica ser consciente de la misma, ni tampoco, el “poder” de oprimir a otras-os que pertenezcan a otras formas más periféricas de las opresiones.

Tenemos una urgente necesidad de combinar movilización, incidencia social e interlocución, es decir, tener la capacidad de llevar la reivindicación a los espacios de poder para transformar aquello que si nos une a las mujeres, la desigualdad.

La acción, la movilización y la denuncia social no pueden desligarse del monitoreo del cumplimiento político; todo ello requiere de capacidad de presión, diálogo y negociación. Por eso la importancia de seguir tejiendo redes entre las diferentes

organizaciones feministas y las organizaciones aliadas. No estamos improvisando, creemos que otro mundo es necesario. El sistema nos lleva a la ruina ética como seres humanos y a la destrucción como planeta.

No nos resignamos y estamos más organizadas que nunca.

MAITENA MONROY ROMERO

ACTIVISTA FEMINISTA Y PROFESORA DE AUTODEFENSA FEMINISTA

DNI:29034161L